

En el presente, estoy muy consciente de la palabra **ENTRAR**.

Habiéndome mudado de casa, he tenido especial atención con las señales de **ENTRAR** mientras encuentro el camino en mi nuevo ambiente. Una palabra muy pequeña, tiene enormes implicaciones para la seguridad, información e incluso el auto-respeto. Uno parece tonto tratando de entrar por la salida.

El seguir las señales para **entrar**, nos lleva a un destino, a un propósito designado, a un encuentro con alguien que podría saber cómo ayudarnos. De niña viví en un departamento en Glasgow, por lo que nadie tenía un jardín o una puerta frontal, y la comunicación entre los niños que jugaban y sus padres era generalmente a través de la ventana, incluyendo a lo que todos nos conocemos como "el llamado para entrar". Pero –todas las madres del vecindario, cuando se enfrentaban con una conducta desafiante o inaceptable- aparecían en la calle, donde ellas sabían cómo pronunciar esta palabra en un tono de severidad amenazante al que, inmediatamente y con obediencia total, respondíamos.

“¡ENTRA!” No había otra opción – **ENTRÁBAMOS**.

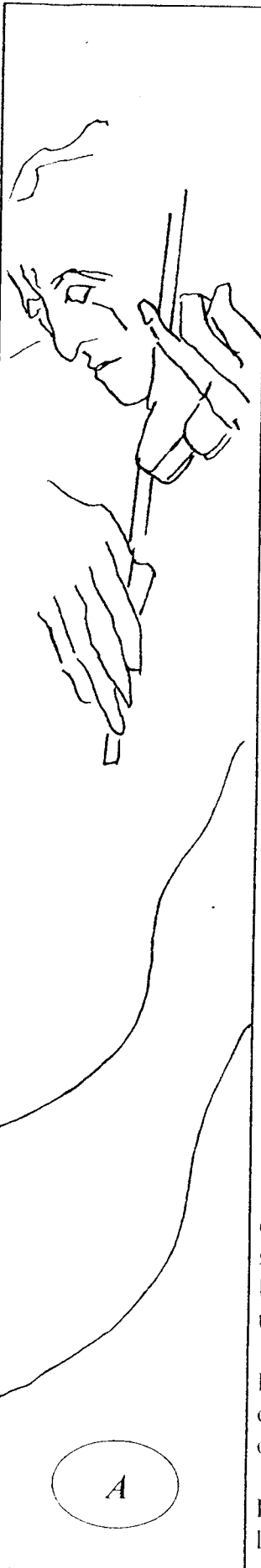
Seguir esta orden nos llevaba de regreso a los confines de la familia, no sólo “bajo el techo familiar”, o “en la casa”, sino dentro del redil de la existencia mutua de la familia. Ahí podrían ser regañados o corregidos, pero los padres llaman a sus hijos para que entren y puedan ser alimentados, lavarse, descansar y dormir dentro de la comodidad y la seguridad que los prepara para el crecimiento del mañana. Dentro de un círculo familiar todos comparten el movimiento de vida que fluye constantemente, todos están unidos. Entrar a nuestro círculo familiar es una experiencia envolvente.

**Dentro** tiene un significado más profundo que la simple palabra **entrar**.

**DENTRO** implica una profundidad de existencia compartida, una profundidad de protección, una profundidad de afecto. Esto nos da un matiz de amor abrigador, pero también de participación compartido, responsabilidad compartida.

La familia de la Iglesia, a la cual pertenecemos, tiene estos mismos matices, estas mismas implicaciones. Ir a la iglesia no sólo debería ser “asistir”, simplemente pasar por las puertas, estar encerrados por los muros. Nuestra entrada al edificio es simbólica porque indica nuestro deseo de pertenecer, de participar. La familia de Dios se reúne para formar una unión de corazones y mentes, para atraer a cada miembro hacia **DENTRO** de su redil. Somos llamados a estar ahí para que podamos ser nutridos, ser limpiados, restaurados, refrescados. “En el hogar desde el hogar”.

Cada misa en la cual participamos nos atrae más profundamente hacia dentro de la gracia envolvente la cual Dios está constantemente prodigando. Cada misa nos llama a ser participantes activos en la promoción del crecimiento del reino de Dios, a tomar parte en la misión de Cristo de hacernos uno sólo en el amor de Dios.



Deberíamos salir de cada misa, estimulados y descansados, preparados para dar unos pasos más por el camino que nos lleva a Dios. La sabiduría de la Iglesia toma nota de nuestro crecimiento y de nuestro progreso, y marca la profundidad de nuestra vida DENTRO de la vida de Cristo, DENTRO del redil del cuidado amoroso de Dios, al ofrecer los Sacramentos para enfatizar lo que en verdad nos está sucediendo. Somos "llamados a entrar" por medio del bautismo, somos nutridos y comunicados dentro de la Eucaristía, somos limpiados y corregidos en la Reconciliación, fortalecidos e iluminados a través de la Confirmación, sanados o confortados en el Sacramento de los Enfermos, enviados en paz por medio de los Sacramentos que recibimos al final, o al darnos las responsabilidades especiales y necesarias para el bienestar de esta Familia si estamos entre los elegidos para la Ordenación, o somos invitados a formar un nuevo núcleo de amor y cuidado, el uno por el otro, si somos llamados al Matrimonio, y la gente casada también podría ser llamada a dar vida a nuevos miembros, para continuar con el crecimiento de la familia de Dios.

Cada Sacramento es un involucramiento muy profundo DENTRO de la familia de Dios, enriqueciendo nuestras vidas de tantas maneras que no siempre somos conscientes, pero podemos reconocerlas dentro de nuestro corazón y espíritu. Podemos sentirlo.

Una sesión de Spred también es un "llamado a entrar". Se ajusta cómodamente entre la intimidad del círculo familiar y la apertura de la comunidad de la Iglesia. Hace eco de una y evoca a la otra. Forma un puente entre ellas, fortaleciendo los vínculos. Las similitudes son obvias. Somos bienvenidos en la entrada, somos invitados a entrar y a unirnos a nuestro grupo, no simplemente entrar al edificio. Somos llamados por nuestro nombre y aceptados como personas valiosas, somos atraídos hacia un silencio y calma envolventes. No es sólo entrar a un cuarto, sino movernos hacia un nivel de vida diferente. El cuarto de preparación, o el espacio, no es simplemente un área en la cual "nosotros" queremos que "estés" callado sino un lugar donde nuestros silencios compartidos se han vuelto casi tangibles; un lugar a donde cada uno entra con silencio de mente y tranquilidad de alma. Este es un lugar sagrado —incluso para— o especialmente para la Sesión de Preparación de Catequistas. Sin embargo, en este espacio particular estamos rodeados por una variedad de cosas a las cuales no estamos acostumbrados a considerar como sagradas (igual que en casa). El Espíritu DENTRO de nosotros se activa, y ahora podemos darnos cuenta que el espacio despierta nuestros sí mismos interiores, preparándonos para un encuentro sagrado.

La invitación a participar en este encuentro se efectúa cuando nos movemos hacia nuestro espacio sagrado, el lugar donde celebramos Dios-con-nosotros. Aquí elevamos lo ordinario, lo doméstico, lo mundano hacia una esfera diferente. En la sesión de catequistas, las catequistas nuevas a menudo encuentran extraño esto. En un lugar sagrado parece "no sagrado" hablar acerca de tiendas y autobuses, días festivos o limpieza, ayudar o preocuparse; sin embargo todo esto es muy "propio de la vida" y en todo esto Dios está con nosotros.

Dios mora DENTRO de nosotros todo el tiempo, por lo que llevamos con nosotros lo ordinario y lo casero cuando nos aproximamos al Señor. La sesión de Spred nos da una oportunidad única para hacer esto.

Debido a que nos vemos unidos a los demás en nuestras vidas ordinarias, y unidos con los demás DENTRO del amor envolvente de Dios, somos capaces de regocijarnos con

los demás en la mesa. Comer juntos, beber juntos, escuchar, comunicar algo acerca de la vida diaria y acontecimientos comunes. Antes de irnos, participamos en un ritual final el cual nos pone en marcha, en paz y en calma, refrescados y listos, para otro día DENTRO de la familia, dentro del mundo que nos rodea y dentro de la Iglesia.

Nos vamos a casa. A nuestro regreso deberíamos sentirnos cambiados, aunque podría apenas ser notado, incluso para nosotros mismos, pero, no obstante, es un cambio. El poeta Robert Frost escribe:

“Ellos no me encontrarían cambiado del que conocían,  
Solamente más seguro de que fue verdad todo lo que creía”.

Por años, he escuchado testimonios de las familias de nuestros amigos acerca de este cambio, y muchas catequistas lo han notado también, una profundización sutil de consciencia, una frescura extraída del silencio y de la simplicidad de la experiencia.

Cada sesión de Spred profundiza y realza la calidad de nuestra presencia en la Iglesia.

Regresando a la comunidad del pueblo de Dios en los días siguientes a nuestra sesión de Spred, tenemos una nueva consciencia de nuestra pertenencia, de ser abrazados por la comunidad de fe que nos rodea. Las diferencias podrían ser apenas perceptibles, pero el corazón está más despierto. La calidad de nuestra presencia tiene una resonancia más fuerte.

Escuchamos con un oído diferente, porque hemos escuchado la palabra de Dios y las oraciones de la misa con una conexión nueva con nuestras vidas diarias; hemos visto nuestros momentos mundanos a la luz de las Escrituras; nos dimos cuenta que nuestras cosas habituales se relacionan a las palabras y las acciones que usamos en nuestras celebraciones a Dios.

Daniel O'Leary, Empezar con el Corazón, escribe:

“En la Eucaristía celebramos la presencia oculta de Dios en todas nuestras experiencias... Así como los Apóstoles después de la Resurrección, algo nos impide reconocer la presencia de Cristo en todos lados y en todos”.

Cuando estamos absortos en una sesión de Spred, una capa ínfima de ese “algo” se levanta. Tal vez es porque hemos compartido el encuentro con la gente que “ve con el corazón” más claramente que el resto de nosotros.

Emprendemos nuestro compromiso semanal para hacer que nuestros amigos sean capaces de participar más significativamente y más determinadamente en la vida de la Iglesia, pero nuestro tiempo que pasamos CON ellos nos hace ENTRAR más profundamente a nosotros mismos.

Ellos “nos llaman a entrar”. Dentro del redil de sus relaciones con Dios, nuestros ojos se abren, sólo un poquito más, a la realidad de la presencia de Dios dentro de nuestras cotidianidades.

Junto con ellos nos movemos más profundamente hacia el misterio. Junto con ellos recibimos nutrición, restauración, paz y gozo. Todos juntos nos volvemos más conscientes de la compañía constante de Cristo, que “nos llama a entrar” al amor envolvente del Padre. Junto con la familia, los amigos y la comunidad de la Iglesia, reconocemos que es

A través de él  
CON él

EN él que nuestras vidas diarias pueden dar gloria a Dios.

Hna. Margaret Duffy, SND  
Spred, Paisley, Escocia.

